



LA SEDUCCIÓN DE LA DEMOCRACIA. SOCIALISMO Y NUEVA IZQUIERDA EN EL PERÚ*

Osmar Gonzales**

Este artículo analiza la evolución seguida por la izquierda en el Perú en un periodo que abarca desde fines de los años sesenta hasta la década pasada. El hilo conductor es indagar causas específicas que ayuden a explicar porqué el pensamiento socialista en dicho país pasó de la convicción en la revolución a la defensa de la democracia. Para ello, el autor realiza un seguimiento político-intelectual en el que anuda el proceso histórico peruano reciente—desde el reformismo militar de Velasco hasta los gobiernos constitucionales de los ochenta— con el camino de reformulación ideológica de la izquierda, corriente que, como se sostiene en el artículo, jamás llegó a concluir, entre otras razones por la ruptura del sujeto político: Izquierda Unida.

Analysis of the evolution of the Peruvian Left from the late 60's until the 80's, focusing on the specific causes that explain why socialist ideas in this country developed from believing in a revolution to defending democracy. The author presents a political and intellectual follow-up in which he links the recent Peruvian historical process (from Velasco's military reformism to the constitutional governments of the 80's) with the Left's ideological reformulation which, as proven in this paper, was never finished, among other reasons because of the breach in the political subject: the United Left.

A veces resulta muy útil recurrir a la literatura para interpretar ciertos procesos sociales y políticos. La creación literaria nos puede dar preciosas pistas para comprenderlos. Por ejemplo, si queremos entender el camino seguido por el pensamiento

* Este artículo está basado en algunos capítulos de la tesis que el autor presentó a la Sede México de FLACSO para obtener el grado de Maestro en Ciencias Sociales, titulada "Señales sin respuesta. Los zorros y el pensamiento socialista en el Perú. 1968-1989", México: julio, 1994.

** Alumno del doctorado en Ciencias Sociales del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México.

socialista en los países latinoamericanos, podríamos comenzar preguntándonos ¿por qué y mediante qué mecanismos los intelectuales de izquierda pasaron de su fe en la revolución a la aceptación de la democracia?

En *El bosque de la noche*, libro donde aparece brillantemente retratado el espíritu del mundo moderno, la autora norteamericana, Djuna Barnes, nos dice que en la vida de los hombres “el amor es la primera mentira, la sabiduría la última”. ¿Acaso, y en un sentido profundo, no es esto lo que nos puede ayudar a entender el proceso de los teóricos socialistas latinoamericanos? Ofrezco algunos elementos.

Interpretando libremente la frase citada ¿no es posible identificar el amor con la entrega apasionada de los militantes de izquierda –incluidos los intelectuales– a la utopía de la revolución, al cambio total de la sociedad, a la lucha por un ideal más allá de todo cálculo personal? Y de igual modo ¿no es legítimo asimilar la sabiduría con la aceptación de la democracia la cual, si bien carece del elemento pasional que la fe en la revolución contenía, obliga a anteponer cierta responsabilidad en las decisiones, a priorizar la relación con los otros buscando llegar a acuerdos y respetar reglas de juego compartidas?

Podemos plantear el problema del siguiente modo: ¿la separación entre amor y sabiduría es inevitable o es posible amalgamarlos? Transformándolo en clave sociopolítica: ¿es posible unir a un elemento fuertemente pasional, a la fe en un proyecto, una acción política eficaz? Me parece que el trasfondo del problema teórico planteado –de la revolución a la democracia– se encuentra, precisamente, en esta disyuntiva.

En las siguientes páginas analizaré las causas que nos explican el porqué la izquierda peruana siguió dicha evolución. Como me resulta imposible abordarla de modo total –por la multiplicidad de grupos que alberga y las numerosas polémicas que la constituyen– opto por la siguiente estrategia. Teniendo como eje la evolución global de la izquierda, abordo de manera crítica la redefinición ideológica por la que transitó. Para una mejor comprensión tomé un grupo intelectual que me sirviera como una especie de *ventana*, al que recurro para ilustrar mejor las tensiones teóricas y políticas que cruza-

ron al pensamiento socialista en el Perú de los últimos años. En ese seguimiento está presente, como telón de fondo, el proceso político nacional en el que la izquierda se forjó y trató de influir.

El grupo intelectual específico al que apelo es aquel que, a mediados de los años ochenta, fundó una revista llamada *El Zorro de Abajo*.¹ ¿Por qué escojo a este grupo en particular y no a otro? Son tres las razones que justifican mi elección. *Primero*, porque los zorros son los que llevaron hasta sus límites la transformación teórica y política de la izquierda peruana, imponiéndose la tarea de sentar las bases del *socialismo democrático*. *Segundo*, porque son estos intelectuales los que más seriamente se plantearon el proyecto de ser los intelectuales orgánicos de la izquierda peruana, lo cual los llevaba a asumir el difícil reto de combinar la actividad intelectual con la práctica política. *Tercero*, y como consideración final, es que en este grupo podemos encontrar representadas las dos vertientes fundamentales de la izquierda peruana: la de los cristianos comprometidos —encabezados por Rolando Ames— y la de la nueva izquierda.

Establecida la preocupación y la estrategia con que la abordaré, es necesario ubicar con mayor exactitud el periodo que comprenderán estas páginas: desde mediados de los años sesenta hasta fines de los ochenta, y situando a los personajes dentro de la generación que algunos llamaron del 68, otros del 70 y que, personalmente, prefiero llamarla posoligárquica.

La generación posoligárquica

Los orígenes de esta generación se remontan a las guerrillas de 1965, dirigidas por el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), primer partido de la nueva izquierda peruana. Se consolida bajo el reformismo militar del general Juan Velasco Alvarado, tiene su época de mayor auge durante la dictadura de Francisco

¹ El periodo de existencia de esta revista fue muy corto. Sólo dos años: de julio de 1985 a julio de 1987, en los que aparecieron siete números. Cuando hablo de intelectuales zorros me estoy refiriendo centralmente a los siguientes: Rolando Ames, Sinesio López, Carlos Iván Degregori, Manuel Córdova, Jorge Nieto, Alberto Adrianzén y Nicolás Lynch.

Morales Bermúdez y encuentra su declive en los años ochenta. Se trata, pues, de un recorrido que cubre 20 años. A pesar de la evidente importancia de esta generación en la evolución político-ideológica reciente del Perú, es poco lo que se ha escrito sobre ella. Salvo algunos pequeños ensayos, la reflexión que ha suscitado es escasa.²

Son jóvenes nacidos entre los fines de los cuarenta e inicios de los cincuenta y que ingresan a la vida pública teniendo en mente refundarlo todo —ideas, instituciones, incluso el mismo país— los que dan vida a esta generación. Los setenta, el tiempo fundamental de su protagonismo, fueron años de fiel compromiso político que tenía un proyecto claro y explícito: construir el socialismo. El contexto que marcará a estos jóvenes será el de la incipiente industrialización y modernización, el crecimiento de la clase media y el de las migraciones, fenómeno que cambiará definitivamente el rostro del Perú. En lo internacional sucesos como la Revolución cubana, la muerte del Che, el mayo parisino, la masacre en la Plaza de las Tres Culturas de México, la influencia de la Revolución cultural china, la ruptura sino-soviética, la invasión a Checoslovaquia y la guerra de Vietnam, fueron centrales para definir el lenguaje y la práctica radicales característicos de esos años. Pero el elemento definitivo será el ingreso al poder de Velasco Alvarado, que significó la muerte política de la oligarquía.

Es la época en que se plantea crear *otra izquierda*. La nueva izquierda peruana, especialmente la surgida en las ciudades, fue pródiga en fundar partidos, relacionarse con el pueblo y buscar la transformación de la sociedad. Sin embargo, “si se trata de buscar ideas nuevas —advierde Alberto Flores Galindo—, hay que dejar los ámbitos de las células partidarias, los locales sindicales o los salones universitarios, para ir a las

2 Los textos a los que me refiero son: Eduardo Arroyo. “La generación del 68”, en *Los Caminos del Laberinto* No. 3, Lima: abril de 1986; Alberto Flores Galindo. “Generación del 68: ilusión y realidad”, en *Márgenes* No. 1, Lima: marzo de 1987; Luis Pásara. “De militante católico a militante de izquierda”, en *Debate*, Revista Bimensual, No. 20, Lima: junio de 1985; Jorge Nieto. “¿Vieja o nueva izquierda?”, en Alberto Adrián-zén (Editor). *Pensamiento político peruano. 1930-1968*, Lima: Desco, 1990 y Roberto Miro Quesada. “¿Aún estamos en la década del 70?”, en *Los Caminos... No. 3*.

parroquias y los grupos religiosos juveniles. En el año 68 nacía en Chimbote la llamada Teología de la Liberación. El proyecto ambicioso y desafiante de repensar el cristianismo desde la experiencia de un país atrasado y desde la condición particular de los explotados”.³

Esto no es tan arbitrario como parece a primera vista porque lo que se produce en un sector importante de la izquierda, señala Luis Pásara, es su *catolización*. Es decir, la fusión de marxismo y cristianismo en un mismo proyecto: cambiar el orden de cosas.⁴

Esta catolización de la izquierda se produjo de dos modos. Por un lado, la de aquellos militantes católicos radicales que no apoyaron las reformas del velasquismo y que sustituyeron la visión proveniente del catolicismo por la del marxismo. Por otro, la de aquellos que aunaron a su compromiso eclesial la filiación a grupos políticos marxistas. En ambos casos, la adhesión a la fe o al proyecto fue producto del conocimiento. Se trató de una filiación de tipo intelectualista y racional. Quien estaba en capacidad de manejar mejor los textos se encontraba más próximo a conocer la verdad. Esta metodología alejaba a los obreros, campesinos y pobladores empobrecidos mientras que atraía a los estudiantes universitarios. “En tal paisaje, los intelectuales están predestinados –como en los grupos de acción católica de élite– a hacerse cargo de, o competir por, el poder”.⁵

Un hecho central que nos permitirá entender mejor la ubicación histórica de esta generación es el que menciona Eduardo Arroyo. “Nos ha tocado asistir –dice– a los cambios de política de los EEUU tras la II Guerra Mundial y a la *transformación sustantiva de nuestra sociedad señorial a moderna. Hemos sido testigos del paso de la Lima aristocrática a la Lima andinizada, de ‘La Flor de la Canela’ y ‘Viva el Perú y sereno’ al huayno y hoy a la chicha*”.⁶

Por todo lo anterior, resulta evidente que a los integrantes de esta generación no se le puede entender sin la referencia cons-

3 A. Flores Galindo, *op. cit.*, p.109.

4 L. Pásara, *op. cit.*, p.33.

5 *Op. cit.*, p.31.

6 E. Arroyo, *op. cit.*, p.41 (las cursivas son mías).

tante a su actividad política, al modo en que buscaron influir en ella y a su filiación socialista. Pero esto no fue suficiente para que la izquierda consolidara una identidad. Por ello tiene razón Mirko Laufer al entender a la izquierda como remanente del velasquismo, como el ala radical del populismo.

Pero es quizá en el plano organizativo-popular donde se puede percibir mejor una ruptura con el periodo anterior. Desatados los nudos que amarraban a los sectores excluidos, una vez venido abajo el régimen oligárquico y evidenciados el pragmatismo del PC y la crisis de hegemonía del APRA, el acercamiento de las clases populares a los partidos de la nueva izquierda fue un resultado casi natural.⁷

Si queremos generalizar, más allá de los elementos mencionados, habrá que decir que los miembros de esta generación se encuentran en un momento crítico de la historia peruana, cual es el fin de la sociedad oligárquica, cuyas consecuencias hasta ahora no han sido saldadas de modo definitivo.

Velasco y la revolución

El golpe de Estado de octubre de 1968 es producto de las modificaciones producidas dentro de la institución castrense, que necesitaba acabar con su rol tradicional: una especie de perro guardián de la oligarquía. Especialmente las guerrillas habían hecho ver a los altos mandos del ejército que si no se implementaban reformas urgentes sobrevendría una revolución masiva que ya no tendrían la posibilidad de contener. Para ello, el ejército necesitaba distanciarse de la oligarquía. Y esto fue posible porque, como lo han anotado diversos analistas, desde fines de los años cincuenta el ejército entra en una etapa de profesionalización.

Para ello fue fundamental la formación en el Colegio de Altos Estudios Militares (CAEM). A partir de esos momentos se plantean problemas centrales sobre la existencia o no del Estado Nacional, sujeto de la Seguridad Nacional. Si no existía había que crearlo, porque sólo así adquiriría consistencia el propio rol

⁷ Ballón, Eduardo. "Izquierda y movimiento popular", en *Los Caminos...* No. 3.

del ejército. Desde esta preocupación los militares son capaces de reconocer el entramado de poderes que impedía la existencia del Estado Nacional reclamado: los latifundistas, los exportadores, los banqueros y las empresas privadas. En suma, la oligarquía. Aparece entonces el problema del desarrollo, ligado a la necesidad de realizar una reforma agraria, impulsar la industrialización y afirmar el nacionalismo.⁸

Lo peculiar del velasquismo fue que, a diferencia de otras experiencias militares, no se trató de un régimen dictatorial con las características de los que sobrevendrían después en el Cono Sur. Se trataba, sí, de un régimen autoritario, controlador del Estado, pero que supo ganar la adhesión de gran parte de la sociedad gracias a las reformas que implementó, muchas de las cuales eran parte del programa del APRA radical de antaño y de la propia izquierda.⁹

En suma, como afirma Adrianzén:

El velasquismo puede... ser definido como un 'reformismo estatal' de naturaleza antioligárquica. Como un gobierno que busca fundar un 'nuevo orden'. En este sentido, no nace de un 'pacto social', sino por el contrario, de un acto de fuerza. Esto es, de la ruptura del régimen burocrático parlamentario en crisis, para, a partir de ello, proponerle a la sociedad un pacto que puede ser definido como fundante".¹⁰

El problema radicó en que este nuevo pacto jamás se materializó, ocasionando que la construcción de un nuevo orden global permanezca, todavía hoy, como algo por crear.

Como balance del velasquismo, Nicolás Lynch afirma que "los dos aspectos que definen la naturaleza del reformismo van a ser

⁸ Lynch, Nicolás. *La transición conservadora. Movimiento social y democracia en el Perú, 1975-1978*, Lima: El Zorro de Abajo Ediciones, 1992.

⁹ Hay que mencionar que el gobierno reformista estuvo asesorado por un grupo brillante de intelectuales provenientes de diferentes partidos políticos -como el APRA, el comunismo, la Democracia Cristiana, el social-progresismo. Los más destacados eran Carlos Delgado, Carlos Franco, Hugo Neira, Federico Velarde, Francisco Guerra García, Augusto Salazar Bondy y otros.

¹⁰ Adrianzén, Alberto. "Democracia y partidos en el Perú: ¿una transición perpetua?", en Garretón M., Manuel Antonio (Coordinador), *Los partidos políticos en el inicio de los noventa. Seis casos latinoamericanos*, Santiago: Ediciones FLACSO-Chile, 1992, p. 65.

entonces autoritarismo y democracia social".¹¹ Por su parte, Teresa Tovar señala que la cancelación del orden oligárquico abrió espacios favorables para que los sectores populares se organizaran autónomamente. Al velasquismo no le desagradaba este proceso. Muestra de ello es que en los años que van de 1968 a 1975 se reconocen 2 mil 115 sindicatos, casi la misma cantidad de los que se inscribieron en el largo periodo que va de 1936 a 1968: 2 mil 279.¹² Naturalmente, esta cobertura se explica por el contexto signado por las fuertes presiones de los sectores populares, que exigían el reconocimiento de su derecho a organizarse.

El discurso del régimen militar velasquista –revolucionario, nacionalista, anti-imperialista y tercermundista– descolocó a la izquierda. Los militares dejaron de ser un enemigo nítida y fácilmente identificable para convertirse en una referencia confusa desde la mirada izquierdista. Precisamente por eso fue tan grande la necesidad de caracterizar al régimen: desde gobierno reformista y nacionalista hasta fascista simplemente. De las caracterizaciones devenían las tácticas: desde el apoyo crítico del PC hasta la confrontación directa de los partidos de la izquierda radical.

La práctica política de la nueva izquierda fue la oposición total al gobierno militar. La revolución peruana, interrumpida por la derrota de las guerrillas, impulsó a los partidos de la nueva izquierda a tratar de ser más radicales frente al régimen militar. Las tácticas podían variar, las caracterizaciones sobre él también, pero lo fundamental es que, casi como una manera de proyectar la propia identidad, los partidos de la izquierda necesitaron recurrir a la imagen que reflejaba el velasquismo. Y ello se explica porque este gobierno había hecho lo que ningún otro: acabar con el sistema de dominio tradicional, liberando procesos sociales que la oligarquía mantenía sujetos vía, fundamentalmente, la coerción.

Como ya ha sido señalado, la deuda que dejó el reformismo militar fue la no constitución de un nuevo orden político que

¹¹ N. Lynch, *op. cit.*, p.69.

¹² Tovar, Teresa. *Velasquismo y movimiento popular. Otra historia prohibida*, Lima: Desco, 1985.

reemplazara al anterior.¹³ Por esto, el sentido histórico de la experiencia velasquista consiste en el éxito de su acción destructiva. La demolición que había llevado a cabo, al sepultar el orden tradicional, apisonó el terreno para levantar nuevas edificaciones. Intentar una revolución, tal como la entendía la izquierda radical, es decir, por medio de la lucha armada, sin concesiones y exigiendo sólo lo máximo, estaba lleno de dificultades. Especialmente por el desconcierto que ocasionó el hecho de que haya sido el ejército el que asumiera demandas levantadas por los grupos antioligárquicos. La experiencia velasquista había puesto la varilla demasiado alto. Más revolución de la que hizo, tras destruir al orden oligárquico, era prácticamente imposible.

La nueva izquierda no trató de aprovechar políticamente los espacios abiertos que el reformismo había creado para, desde ahí, pensar en construir un orden alternativo. Prefirió el papel de la oposición maximalista. Como dice Flores Galindo, la nueva izquierda se formó en la crítica radical, sin ella no hubiera existido. La fe en la revolución fue un elemento cohesionador de los partidos de la nueva izquierda, un mito movilizador que tuvo consecuencias en la constitución de su identidad.

El desconcierto que le ocasionó a la nueva izquierda el proceso velasquista en su momento, ha llevado a que diversos intelectuales y políticos de esa generación se rectifiquen y autocritiquen en la manera como enfrentaron a Velasco. En este sentido, es sitomático lo que dice Lynch:

Hacer una evaluación del velasquismo implica, primero, señalar los profundos cambios que se han producido en el pensamiento izquierdista contemporáneo en el último cuarto de siglo y particularmente en la década de 1980... Este tránsito, que en mi caso no sólo fue reflexión intelectual sino una profunda evolución política del marxismo-leninismo al socialismo democrático, es el que debe permitirnos una recuperación actual de Velasco.¹⁴

¹³ Guerra García, Francisco. *Del Estado oligárquico al capitalismo de Estado*, Lima: CEDEP, 1985.

¹⁴ Lynch, Nicolás. "Velasquismo y democracia", en *Socialismo y Participación* No. 63, Lima: noviembre, 1994, p.78.

A pesar de la incomprensión de la nueva izquierda con respecto al velasquismo, hay un hecho que es necesario resaltar. Su manera radical de asumir la política fue lo que contribuyó a que el encuentro con el movimiento popular haya sido tan estrecho, especialmente en la década de los setenta. Para ello fue fundamental el papel de ese contingente de militantes de todos los partidos de la nueva izquierda quienes, con su trabajo *de hormiga*, casi imperceptible, hicieron posible esa identificación entre izquierda y movimiento popular a la que se denominó clasismo.

La ambigüedad frente a la democracia

Como dije, el caso de los *zorros* es importante porque son ellos los que llevan hasta sus límites el pensamiento socialista en el Perú. En este grupo es donde se expresa de manera más nítida y paradigmática el recorrido ya mencionado: de la revolución a la democracia que, como sabemos, es un proceso común en los teóricos de izquierda latinoamericanos. En el caso peruano, y de los *zorros* en particular, ¿qué explica este cambio?, ¿qué entienden por democracia? Tratar de responder a estas preguntas es un esfuerzo difícil. Principalmente porque el propio camino de repensar la democracia quedó interrumpido.

Hay un hecho central que ayuda a explicar el cambio teórico de los intelectuales socialistas peruanos. Es el proceso llamado de la transferencia del poder, de los militares a los civiles, efectuado en 1980. En la *segunda fase*, la de Morales Bermúdez (1975-80), se produjeron las grandes movilizaciones populares, especialmente sintetizadas en los paros nacionales de 1977 y 1978, que pusieron en una situación difícil al gobierno militar. La salida política de Morales Bermúdez fue proponer un cronograma de transferencia a los civiles, el cual constaba de dos pasos: primero, elección de una Asamblea constituyente, que se encargaría de redactar una nueva Carta y, segundo, la convocatoria a elecciones generales.

La asimilación de la democracia por parte de la izquierda en el Perú guarda diferencias con respecto a las experiencias de los países del Cono Sur, por ejemplo. En éstos el espacio para la política era reducido dado que los gobiernos militares ejercieron

el poder dentro de una lógica de guerra, es decir, de confrontación y aniquilamiento del adversario. De este modo, la valoración de la democracia por parte de la izquierda se da en un contexto de derrota militar y, sobre todo, de fracaso político.¹⁵

En el Perú la asimilación de la democracia por parte de la izquierda se dio sobre un terreno distinto, pues no hubo derrota militar, ni la dictadura fue tan feroz como las que se vivieron en el Cono Sur. La represión estuvo dirigida, más que a la desaparición de los adversarios políticos, al descabezamiento de la dirigencia sindical. Así, se pretendió sofocar el gran descontento popular que ocasionaban las medidas restrictivas que el gobierno estaba implementando, iniciada ya la crisis económica. Es por ello por lo que Guillermo Rochabrún tiene razón cuando dice que los reclamos de los trabajadores eran el cambio de la política económica y de la política salarial y sindical del gobierno. El reclamo por elecciones fue una exigencia de la derecha. En este sentido "la izquierda no conquistó el campo de la democracia, sino que fue capturada por ésta".¹⁶

Los errores de actuación e interpretación del momento por parte de la nueva izquierda facilitaron que el retiro de los militares se haya dado de una manera ordenada y manteniendo el control sobre un momento difícil que le permitía, aun en el repliegue, tener capacidad para imponer ciertas condiciones a la Asamblea constituyente. La izquierda no supo reeditar políticamente en esta coyuntura. Fue incapaz de presentar una *alternativa concreta* a la crisis política abierta por el proceso de la transferencia. Cuando el regreso a la constitucionalidad, será el viejo partido de derecha, Acción Popular (AP), el que capitalizará cierto humor social. Las clases dominantes agrupadas en dicho partido sí se presentaron como demócratas y defensores de los derechos civiles.

Para la izquierda, la convocatoria a elecciones y la defensa de la democracia política eran cutículas en el camino de lo verdade-

¹⁵ Lechner, Norbert. "De la revolución a la democracia. El debate intelectual en América del Sur", en *Opciones* No. 6, Santiago de Chile, 1985.

¹⁶ Rochabrún, Guillermo. "Izquierda, democracia y crisis en el Perú", en *Márgenes* No. 3, Lima: junio, 1988.

ramente importante: la revolución. Por eso, la posibilidad de una acción política unificada aparecía como algo secundario. Cada partido se sentía la encarnación de la verdadera dirección revolucionaria. No obstante, la democracia era un hecho que no se podía soslayar. El escenario en el cual se debía reproducir políticamente la izquierda era uno bien distinto al de los años del régimen militar. Incorporar en su agenda el asunto de la democracia como régimen político fue el resultado de un proceso complejo.

Como sabemos, la instalación de la democracia, fue extremadamente precaria, dado que tuvo que enfrentar, tempranamente, conflictos que impedían su consolidación. Especialmente la acción armada senderista iniciada en mayo de 1980 en Ayacucho, departamento ubicado en los Andes centrales y que presenta los índices de desarrollo más bajos de todo el país. Es decir, la democracia, entendida como reglas de juego en torno al poder, no sólo no se había consolidado, sino que incluso desde su origen —julio de 1980— encontraba grandes obstáculos para su legitimación en tanto régimen político. La democracia no aparecía como un sistema político que resolviera conflictos, sino que, por el contrario, los añadía. Así lo mostraban la subversión y la crisis económica. Entonces surgía la interrogante: ¿para qué defenderla?

Por su parte, la izquierda ya se había instalado en la constitucionalidad, al menos una gran parte de ella, después de las elecciones constituyentes. Muchos dirigentes de los partidos de izquierda que habían permanecido en la clandestinidad en el periodo anterior, que asesoraban sindicatos, gremios y comunidades campesinas, y que escribían en la prensa partidaria con seudónimos tuvieron que cambiar de estilo político. Se vieron obligados a mostrar la cara en los medios de comunicación, a dirigirse a un público más amplio al cual hacer llegar sus propuestas, más allá de la reducida periferia del partido —siempre pequeño, por lo demás— y a ganar el voto popular en competencia abierta con otras fuerzas políticas, ya sea para gobiernos municipales o para una representación parlamentaria.

Paulatinamente, las elecciones y la participación en el *sistema burgués*, que al inicio sólo eran concebidas como un paso táctico en el largo camino de la revolución, es decir, como un

medio, terminaron, en muchos casos, siendo un fin en sí mismas. La democracia había ejercido su seducción.

Pero la revolución ¿acaso no la estaba haciendo Sendero? Es aquí, precisamente, donde se encuentra el nudo para la izquierda legal: ¿abandonar el terreno de la legalidad, que ya le había deparado algunos éxitos políticos?, ¿entrar a la lucha armada para ser fieles a sus postulados anteriores, aun cuando no supieran dónde desembocaría la violencia desatada y estuvieran eventualmente en desacuerdo con ella? O, en caso contrario ¿incorporarse conscientemente al terreno abierto por el contexto democrático?, pero ¿cómo hacerlo sin renunciar a un proyecto socialista?, ¿cómo buscar otros caminos galvanizando socialismo con democracia, aun cuando esto pudiera provocar la acusación de traición o inconsecuencia? Naturalmente, hubo otras vías, como la de los desencantados, que prefirieron recluirse en la vida privada, o la de los que simplemente se adhirieron al pensamiento conservador.¹⁷

El proceso en toda la izquierda fue doloroso y traumático, pero aleccionador. El incorporarse a las reglas –aún imprecisas y poco institucionalizadas– del juego democrático la colocaba en una incómoda situación: entre el sistema burgués del cual era enemiga y la acción armada de Sendero Luminoso que le reprochaba, con su accionar, de inconsecuencia con los principios revolucionarios que sólo un lustro antes había enarbolado.

Esta situación ambigua producía también una acción ambigua. En muchos casos, la democracia no era asumida como un sistema político en el cual se podían procesar conflictos y demandas, sino que fue utilizada como trampolín para otros objetivos. El candidato de Izquierda Unida –en adelante IU– desde 1980, Alfonso Barrantes, acostumbraba decir en sus campañas que la izquierda participaba en las elecciones por una decisión coyuntural, como medida de paso en el camino de la revolución. Gran parte de la izquierda legal –aunque con énfasis e intensidades distintos– tuvo una posición ambigua respecto a la de-

¹⁷ Gonzales, Osmar. "Los desencantados intelectuales peruanos", en *Socialismo y Participación* No. 53, Lima: mayo, 1991.

mocracia: se participaba en ella sólo para desenmascarar al sistema burgués. La actuación política de la izquierda estuvo orientada a utilizar la legalidad pero, al mismo tiempo, para negarle legitimidad.

La izquierda pensó que negando legitimidad al régimen democrático aumentaba la suya propia dentro del mundo popular. De este modo, los sectores populares bajo influencia de la izquierda no se sintieron comprometidos con la preservación del orden constitucional. Es más, si la lógica era exacerbar las contradicciones para *desenmascarar* al régimen, la desafección política devenía un resultado casi natural.

En este contexto difícil estaban ubicados los *zorros*. Éstos seguían dentro de su filiación socialista, pero buscaban incorporar dentro de ella el problema de la construcción de la democracia. Algunos vieron este proyecto como claudicación y conformismo, a veces como complicidad con el sistema. Según mi juicio, dicho proyecto debió producirse antes. Los *zorros*, y con ellos gran parte de la izquierda, tomaron conciencia de la necesidad de anudar socialismo y democracia tardíamente.

Considero que este proyecto fue tardío básicamente por dos razones: *Uno*, porque se dio en el momento inicial –que después se revelará definitivo– de un proceso de desarticulación entre izquierda y movimiento popular organizado. *Dos*, porque se produjo cuando el contexto que permitió el auge de las ideas socialistas se había modificado sustancialmente, permitiendo la (re)aparición de otras fuerzas políticas –caso del APRA– e ideológicas –el neoliberalismo– que empezaron a ocupar el escenario en el cual la izquierda había exhibido cierto predominio ideológico y cultural desde mediados de los años setenta.

Pese a estas consideraciones, los *zorros* lograron construir cierto campo de ideas importante. Su límite fue el no consolidarse como la corriente hegemónica dentro del pensamiento socialista peruano. Si lo hubiera logrado, éste no habría tenido una derrota tan fácil frente a la ideología neoliberal a fines de los años ochenta. Lo que sostengo es que no bastan las circunstancias *externas*, como la caída del muro de Berlín, ni el auge neoconservador, ni la crisis del Estado de bienestar, para entender el fracaso de la idea socialista en el Perú. Afirmo que

también hay que atender el proceso interno que siguió la actuación político-intelectual de la izquierda y las consecuencias que acarreó.

Una nueva forma de ver las cosas

El que quizá fue el primer balance de la izquierda, tanto de su acción política como de las ideas que iba procesando, pertenece a Jorge Nieto. En su crítica, lo primero que señala es que la versión dogmática que manejaba la izquierda de fines de los setenta le impidió *elaborar una concepción justa sobre la democracia*. Es más, afirma que la izquierda reconoció el problema de la democracia en la propia lucha política. Las conclusiones a las que llega Nieto son interesantes y reflejan un cambio, al menos dentro de un sector de la izquierda, con respecto a la valoración de la democracia en el marco de una estrategia política.

Es útil recordar el contexto en que se produjeron estas reflexiones. En el año 1980, el del regreso a la constitucionalidad, se realizan elecciones municipales. Las gana el partido gobernante, Acción Popular, seguido, sorprendentemente, por IU.¹⁸

Es decir, la izquierda ya había ganado espacios importantes dentro de la legalidad y su influencia empezaba a proyectarse hacia un terreno social amplio. Pero es en 1983 que la IU logra su máximo éxito, electoralmente hablando. En ese año gana, con Barrantes a la cabeza, la alcaldía de Lima, además de importantes alcaldías departamentales. La izquierda se perfilaba entonces como una clara opción de gobierno.

La disyuntiva se presentaba de esta forma: o seguir manteniendo posturas maximalistas e insurreccionales que la alejaban de alcanzar una influencia mayor; o insertarse definitivamente en la legalidad democrática para intentar llegar al poder, teniendo en cuenta el creciente apoyo que iba logrando por parte de la sociedad. Sin embargo, la redefinición ideológica todavía

¹⁸ Apuntemos que este frente se fundó en septiembre de 1980 con la participación de la mayoría de partidos socialistas peruanos. Anteriormente, se había formado otra alianza, de carácter más radical, que estalló en enero del mismo año, la Alianza Revolucionaria de Izquierda.

se presentaba ambigua. Esto queda confirmado en los documentos de la propia IU. Un ejemplo lo podemos encontrar en los acuerdos del I Comité Directivo Nacional Ampliado, realizado en marzo de 1983:

IU no renuncia por principio a ningún medio de lucha, ni forma de organización. Combina todas y cada una de ellas, sean legales o ilegales, abiertas o secretas, según las circunstancias.

Pero el momento que representa un cambio sustancial es el de la lucha electoral de 1985, entre el APRA y la IU. El gobierno de AP de los años 1980-85 había terminado a duras penas su periodo, en medio de una profunda crisis económica y de gran inestabilidad social, debido principalmente a las acciones armadas de Sendero Luminoso que pusieron en zozobra al país entero. Económicamente, el país sufría la peor crisis de su historia republicana. Incluso, los rumores de un nuevo golpe militar corrían con insistencia, más aún cuando los sondeos de opinión pública arrojaban resultados preocupantes al indicar que gran parte de la población veía con buenos ojos una intervención de ese tipo. La ciudadanía comenzaba a sentirse insegura y antepo-
nía, como una meta primera, lograr el orden. Algunos presagaban que el general que entraría en escena no iba a tener la sensibilidad social de Velasco; por el contrario, se advertía que quien ingresara por la fuerza a Palacio sería de signo opuesto, más parecido a Pinochet. Por eso, llegar a las elecciones generales de 1985 adquiriría un gran significado. Se ponía a prueba, entre otras cosas, a la democracia misma; qué tan capaz sería de mantenerse y legitimarse. En el balance final del gobierno de Belaúnde se constata que éste no coadyuvó a consolidar la democracia sino que, por el contrario, la puso en riesgo.

En medio de esta incertidumbre es que se realizarán las elecciones generales. La derecha, representada por AP y el Partido Popular Cristiano (PPC) habían quedado fuera de competencia. Las fuerzas contendientes con más posibilidades eran el APRA y la IU. Cualquiera que ganara representaría un hecho histórico en la vida política peruana.

Si triunfaba el APRA, significaría el fin del veto que los militares impusieron a esa fuerza política por cinco décadas, cuando

Haya de la Torre aún vivía. Y lo haría bajo la conducción de un líder joven, de gran carisma, excelente orador y que había sabido derrotar a viejos líderes históricos de su partido: Alan García. Si ganaba IU, representaría el primer gobierno de un frente socialista, cuya presencia en la vida política era reciente. No tenía la tradición de los viejos partidos de derecha ni el historial del aprismo. Recordemos que el socialismo no tuvo continuidad debido, básicamente, a la muerte temprana de Mariátegui, su fundador, y a la política ortodoxa del PC. Era la hora de retomar la herencia del Amauta. Por eso la izquierda se reclamaba mariateguista.

Es evidente que la nueva situación política presionó a los intelectuales socialistas peruanos para definirse frente al tema de la democracia. El discurso de izquierda estaba preparado para combatir a la derecha —en la que estaba incluida el APRA—, a la que se definía netamente como el contrincante. Pero cuando el APRA, bajo la dirección de García, se diferencia de aquélla y asume un lenguaje que sintoniza con el sentimiento popular apropiándose de banderas esgrimidas por el socialismo y el APRA auroral —revolución, cambio social, antiimperialismo, lucha contra los poderes económicos—, la izquierda quedó perpleja. Ya no estaba sola en el terreno popular como pensaba. Se veía obligada a disputar su hegemonía con el partido más poderoso de la política peruana. En este contexto, repito, la izquierda debía redefinir sus conceptos. Entre ellos, por supuesto, el de democracia.

Lo que me interesa resaltar es lo siguiente: que el tema de la democracia seguía siendo un problema espinoso en cuanto a la (re)definición de una identidad del socialismo en el Perú. Mucho de lo que en adelante debería identificarse como socialista pasaba por el análisis de lo que representaba la democracia en el nuevo *corpus* teórico que se pretendía diseñar y del papel que cumpliría en él.

A fines de los ochenta, el gobierno aprista llegaba a su culminación en medio del caos y la corrupción. Llegó a colocar al país en peor situación que la que había dejado como herencia el gobierno de AP. Las nuevas elecciones generales a realizarse en 1990 perfilaban a IU como el seguro sucesor en el poder. Pero antes del proceso electoral quedaba pendiente un detalle: la

realización del Primer Congreso Nacional de IU, pensado como el espacio privilegiado para la refundación de dicho frente. Por medio de él, la IU se convertiría de pacto electoral en sujeto político con ambiciones de llegar al poder.

La posibilidad de ser gobierno instaló a los intelectuales socialistas, entre los cuales destacan los *zorros*, en un terreno que permitía la reflexión sobre la democracia de un modo más libre y crítico. El problema era el siguiente: si la IU estaba en vísperas de llegar al control estatal por medio de métodos que en algún momento despreció o subordinó —las elecciones— era inevitable reflexionar sobre el tipo de gobierno que ejercería en un contexto de juego político democrático.

Rolando Ames lo planteaba de la siguiente manera ¿cómo es posible construir al sujeto político que democratice, a su vez, la política, el Estado y haga democrática la revolución y el socialismo?¹⁹ De este modo, Ames coloca la construcción democrática dentro de la estrategia de diseñar un orden político-social que cumpliera con la doble tarea de combatir a las todavía persistentes tradiciones autoritarias y verticales, y profundizar la democratización social experimentada en las últimas décadas.

La propuesta que del modo más explícito trató de dar solución a dicho reto fue la presentada por la revista *El Zorro de Abajo*. Para ser coherentes con la democratización social experimentada por la sociedad peruana, los intelectuales de esta revista formularon la necesidad de realizar lo que llamaron *revolución copernicana*. Ésta no era otra cosa que variar el eje de la política: del Estado a la sociedad, atendiendo preferentemente la voz que venía desde las clases populares y del mundo popular organizado.

Los *zorros* establecieron su propuesta enfrentando el siguiente dilema ¿cómo ser fieles a una tradición anterior de convicción por los cambios radicales? y, al mismo tiempo, ¿cómo proponer una salida posible sin caer en el pragmatismo?, ¿cómo combinar el aspecto utópico con la necesidad de atender a las urgencias del presente? Lo que estaba en el fondo de la preocupación era cómo

¹⁹ Ames, Rolando. "Izquierda Unida y democracia", en Varios, *Democracia: realidades y perspectivas*, Cuadernos del Instituto Bartolomé de las Casas-Rímac, 1988, p.127.

construir un nuevo orden que cubriera definitivamente el vacío dejado por el fracaso del velasquismo.

En la manera que los *zorros* entendían el problema de la democracia se pueden reconocer los inevitables debates que sostuvieron tanto con aquellos que podemos calificar de *radicales*, como con los que podemos denominar *reformistas*.²⁰

La propuesta política de los *zorros* que trató de dar solución a las múltiples polémicas que se desarrollaban en el interior del campo socialista fue la de transformar IU en un frente político revolucionario de masas. Después de su Primer Congreso y de ganar las elecciones generales de 1990, IU, como todos los pronósticos hacían prever, sería la organización capaz de unir lo posible con lo deseable; el plan de largo plazo con las medidas inmediatas necesarias.

La esperanza en la constitución del sujeto político trajo como consecuencia una actitud de silenciamiento con resultados perversos. Muchas de las polémicas que se fermentaban dentro del frente se ocultaron porque se pensó que ya en el gobierno las diferencias se zanjarían o no tendrían razón de ser. La peor consecuencia fue la imposibilidad de constituir una alternativa político-ideológica hegemónica en el interior de IU, como producto del debate y la medición de fuerzas dentro de reglas de juego mutuamente respetadas.

Resultado de esta perniciosa manera de ejercer la política fue la ambigüedad que mantuvieron los diferentes grupos político-intelectuales socialistas sobre el tema de la democracia, incluso en los *zorros*. Éstos, a pesar de ser los que más habían avanzado en incorporar la democracia a sus reflexiones, mantenían zonas de indefinición. Su insistencia por no desligar democracia y revolución ejemplifica este terreno de incertidumbre. Esto sin tomar en cuenta los avances diferenciados que se pueden percibir

²⁰ Otros núcleos intelectuales importantes dentro de la izquierda peruana fueron, por un lado, el constituido por Alberto Flores Galindo, Nelson Manrique, Gonzalo Portocarrero, Gustavo Buntinx, entre otros, quienes fundaron el Instituto SUR y la revista *Márgenes* y, por otro, el de los asesores del régimen velasquista que fundaron el Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación (CEDEP) y la revista *Socialismo y Participación*.

en el propio grupo –tema que exigiría un análisis más detallado imposible de desarrollar aquí.

El proceso que se distinguía entonces era el siguiente: en la medida en que se acercaban al polo de la democracia eran más sensibles a una relectura y revaloración de las tradiciones liberales, pero simultáneamente, en este camino, se alejaban del otro polo, el del marxismo y la revolución. Ésta, más allá de su permanente invocación, quedó sin ser redefinida y, por lo tanto, desubicada, en tanto concepto, dentro del nuevo marco teórico que los *zorros* se esforzaban por construir.

De este modo, la polémica sobre la democracia quedó a mitad de camino, puesto que al interés mencionado de ligar los dos momentos de su desarrollo político-ideológico –setenta-ochenta; revolución-democracia– se unía la necesidad de no romper el frente extremando las posiciones. Las dos éticas de las que hablaba Weber se enfrentaban para anularse mutuamente. Ni se llegó a una concepción profunda de democracia ni políticamente se fue eficaz. En enero de 1989, la IU se autoliquidó políticamente al dividirse precisamente en su Primer Congreso. El *sujeto* explotó en mil pedazos. Así, el proceso de definiciones y debates abortó, y el terreno político quedó abierto para las otras fuerzas político-ideológicas que pocos años antes sólo habían asomado, tímidamente, la cabeza.

El cambio de perspectiva

Como hemos visto, el derrumbe de la confianza en el estallido de la revolución, el advenimiento de la democracia y el dinámico proceso social global del Perú de los ochenta, prácticamente obligó a los intelectuales socialistas a incorporar el problema de la democracia como un tema central en sus reflexiones. El sentido común de los años anteriores era pensar que la profundización de la crisis exacerbaría las contradicciones y haría estallar la revolución social. El papel de las vanguardias políticas debía consistir en ayudar a ese proceso, agudizándolas. Sin embargo, el ingreso a la democracia constituyó un claro desmentido a dicha suposición. La revolución, se decía, sólo sería posible por la acción de las masas. Pero, por el contrario, a lo que esas masas

habían llevado era a la democracia. Los esquemas, otra vez, saltaron por los aires. Hay que recordar que, más aún que en tiempos del régimen militar, los gobiernos constitucionales de los ochenta afrontaron severas crisis, pero no por ello la revolución se hizo presente. Las ideas sobre sujetos preconstituidos y sobre la fuerza de las estructuras quedó destruida. El contexto internacional también fue fundamental, por las profundas transformaciones que implicó: la crisis de los llamados socialismos reales, la revolución fundamentalista iraní, el fortalecimiento del capitalismo y otros hechos que coadyuvaron a cuestionar algunas ideas y descubrir otras, como los movimientos sociales o el problema de la identidad.

Este recambio teórico también tuvo implicancias en la manera de ver la política. Si se reconocía que los sujetos eran plurales y se reconstituían las formas de relación de lo político-institucional con lo social, lo que aparecía cuestionado, entonces, era la noción del partido-vanguardia, así como el papel de la élite iluminada. Como consecuencia, la necesidad de construir consensos es relevada.

Es precisamente el grupo de intelectuales llamados *zorros* el que se planteó la necesidad de pensar en otra forma de hacer política, distinta a la ejercida en los años setenta. Es más, señalaron que la idea misma de revolución tenía que ser analizada, sopesada, redefinida, aun cuando su afán de conciliar democracia con revolución no tuvo jamás una coronación teórica satisfactoria.

Para situar mejor el proyecto de este grupo es bueno recordar que es parte de uno mayor, común a otros núcleos intelectuales socialistas de América Latina. Se puede mencionar al grupo argentino dirigido por José Aricó, "Pasado y Presente". A éste debemos agregar la dinámica de comunicación y discusión que se desarrolló entre los intelectuales que tuvieron que migrar de sus respectivos países, que sufrían gobiernos dictatoriales, especialmente en el Cono Sur. De alguna manera, se puede decir que los intelectuales socialistas se volvieron más cosmopolitas. Producto de este encuentro surgirán una serie de trabajos orientados a pensar el cambio social en un contexto diferente al que supuestamente anunciaba la revolución.

Había mencionado que el objetivo de los intelectuales socialistas –y de los *zorros* en particular– era el de encontrar al sujeto político, que debió ser IU. Cuando éste estalló se quebró también la posibilidad de plasmar en la práctica el proceso de reelaboración teórica en proceso. Subrayemos, además, que este recambio teórico implicó muchas otras dimensiones que tienen influencia de manera subterránea. Se pueden mencionar algunas: un lento cambio de sus tradiciones culturales, apertura a nuevas fuentes intelectuales, modificación tanto de sus concepciones sobre la política como de su propio papel como intelectuales. Finalmente, esta evolución también puede ser explicada por el proceso de las propias biografías de los intelectuales. De la juventud y la militancia bolchevique hasta la etapa de la madurez. Del heroísmo a la prudencia. Se trata de la trayectoria señalada al inicio: del amor a la sabiduría. También es cuestión de épocas, de momentos históricos que cuajan y moldean los espíritus de sus integrantes.

Ciudad de México, octubre de 1994.

